

las elecciones norteamericanas y la ética puritana

• JOSEPH P. O'NEILL, S. J.

No fue una sorpresa que Lyndon Johnson ganara fácilmente a su adversario Barry Goldwater en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos. La sorpresa, no poco ingrata, fue el tono de la campaña. En vez de la confrontación entre dos filosofías claramente opuestas, cosa que todos esperaban, la lucha electoral fue más bien un intercambio de insultos y retórica aburrida. Es una lástima que los fines y aspiraciones de un país grande fueran tratados de una manera tan burda.

Pero a pesar de la falta de contenido intelectual, la campaña no dejó de ser reveladora. En las actitudes prácticas de Johnson y Goldwater se reflejaban como en un vidrio oscuro algunos rasgos fundamentales de la mentalidad norteamericana. Casi sin saberlo, Johnson y Goldwater pusieron en tela de juicio durante estas últimas semanas una gran parte de la infraestructura intelectual de la sociedad americana. ¿Tiene todavía su valor la *Ética Puritana*? ¿Cuál es el lugar político y espiritual de América rural? ¿Qué objetivos vamos a señalar a nuestro poderío físico y cultural?

Alrededor de estos temas se hicieron evidentes las diferencias entre los dos can-

didatos. Y aunque la campaña ha terminado, un análisis sobre el temario puede esclarecer no sólo el "hecho Goldwater", que tanto ha preocupado a América latina, sino también algunas oscuridades en la política tanto interna como externa de los Estados Unidos.

THE PURITAN ETHIC

No traduzco el término *Puritan Ethic* porque "puritano" está restringido en castellano a significar una actitud severa en materia moral. La connotación que pretendo darle aquí es más amplia y abarca toda una doctrina religioso-económica que tuvo sus orígenes en el Calvinismo y fue traída a América por los primeros colonos de Nueva Inglaterra.

Si hay una opinión común entre historiadores norteamericanos es que la *Puritan Ethic* es la causa moral de la grandeza del país. Las virtudes de responsabilidad, trabajo, y frugalidad son el fundamento indispensable de cualquier civilización compleja y vigorosa. Fue el Puritanismo que añadió a estas virtudes una sanción sobrenatural e hizo de ellas una religión.

Desarrollado en una tradición en que

la disciplina del carácter, por trabajo y abnegación, es el centro de su esquema ético, el moralista puritano considera la pereza el peor de los pecados. Y porque el efecto ordinario de la pereza es la pobreza, los términos perezoso y pobre se hicieron convertibles. De allí, con una ilación fácil, el puritano llegó a la conclusión de que la pobreza es la prueba de una falla moral. Sólo una persona que ha sido ociosa e irresponsable puede ser pobre. Los pobres son víctimas, no de circunstancias, sino en las palabras de un pastor del siglo XVIII, "de sus maneras perezosas, irregulares y perversas". La caridad verdadera no da limosnas cuyo solo efecto es debilitar al pobre, sino trata de reformar el carácter de los pobres para que las limosnas no sean ya necesarias.

Esta doctrina, aunque sea en forma inconsciente, ha tenido su influjo en la conciencia norteamericana. Cuando Goldwater, hablando a los jubilados en Florida, atacó un plan federal de asistencia médica para los viejos; y en los estados pobres de las montañas Apalaches rechazó el plan Johnson para ayudar estas regiones, estaba en la línea más ortodoxa de la *Puritan Ethic*.

Walter Lippmann ha dicho que Goldwater fue el primer estadista en 200 años, que ha afirmado que ayudar a los pobres es corromperlos. Lippmann olvidó, entre otros, a "Engine Charlie" Wilson, ministro de defensa con Eisenhower. Wilson comparó a los obreros sin empleo, a perros que no sabían buscar su comida y por falta de iniciativa no querían cambiar su situación.

De hecho los pareceres de Goldwater y Wilson reflejan, aunque no siempre en una forma tan categórica, lo que ha sido por un largo tiempo una infraestructura de la conciencia americana. Por eso la

campana de Goldwater despertó en ciertos ambientes un apoyo casi fanático. Para estos grupos, formados en gran parte por pequeños empresarios, agricultores, y por personas que en general no son empleados, la preservación misma de la vida norteamericana parece en juego. Ellos creen que la voluntad para trabajar está debilitándose por causa de la ayuda estatal, que muchos reciben sin esfuerzo propio.

Goldwater, en el fondo, ha preguntado a Johnson: "Si la *Puritan Ethic* es el fundamento de nuestra grandeza, ¿cómo es posible rechazarlo sin llegar a una forma de suicidio nacional?" Por eso Goldwater habló constantemente de la blandura de la vida norteamericana; que los jóvenes no saben lo que es trabajar; que no tienen la disciplina ni el vigor moral de sus antepasados.

La pregunta de Goldwater no es ociosa y Johnson para contestarlo ha puesto el énfasis de su campana sobre el gran defecto de la *Puritan Ethic*: su carácter demasiado individualista y la falta de conciencia social. Por eso el lema que Johnson escogió para su campana es "La Gran Sociedad". Con eso expresa la visión de una civilización donde por primera vez en la historia humana no hay pobres, ni analfabetos, ni descontentos.

Es una visión noble pero parece que tiene sus limitaciones. No es claro que Johnson esté seriamente convencido que se pueda extender la "Gran Sociedad" fuera de las fronteras de los Estados Unidos o que una nación rica tiene obligaciones sociales con respecto a las menos desarrolladas así como una persona rica dentro de una sociedad tiene obligaciones sociales respecto a los más pobres. De todos modos la meta que Johnson ha da-

do al pueblo norteamericano es mucho más positiva que el programa de Goldwater.

Derechos civiles, asistencia médica para los ancianos, la extensión del derecho de jubilación, ayuda federal a la educación, una campaña contra la pobreza en regiones rurales, todos de estos programas ponen a Johnson en la línea de Roosevelt y Kennedy. Y parece estar ampliamente apoyado por la gran mayoría del pueblo. *The Puritan Ethic* está lentamente muriendo. El último presidente norteamericano que dio pleno respaldo a estas ideas fue Calvin Coolidge quien terminó su período en 1928. Desde aquel entonces la Crisis del año 1929 y la Segunda Guerra Mundial obró un cambio profundo en la mentalidad norteamericana.

Pero indicar los defectos de la *Puritan Ethic* o predecir su muerte inminente, no resuelve el problema que Goldwater ha planteado. Si la tesis de *Toynbee* es correcta, una civilización vive y crece no tanto por su riqueza natural sino por los recursos personales de su pueblo. Estas cualidades están desarrolladas por los desafíos que presentan tanto las fuerzas de la naturaleza como las sociedades enemigas.

Goldwater piensa que la constante protección de la persona contra todo riesgo produce un carácter débil e infantil. Si el gobierno pretende proteger a todos los individuos de los grandes desafíos de la vida, producirá una nación de niños mimados. Sin duda hay algo de exageración aquí. Las cosas no han llegado, ni a lo mejor nunca llegarán a tal paso que se quite todo riesgo al proceso de vivir. Pero queda la pregunta concreta de hasta qué punto puede el Estado amortiguar

los choques de la vida y tener todavía un pueblo vigoroso y arriesgado.

EL LUGAR DE AMERICA RURAL

Aunque a primera vista parece que no haya mucha conexión entre la *Puritan Ethic* y el espíritu de América rural, de hecho, en la campaña de Goldwater, estas dos realidades tienen un enlace peculiar como expresiones de nostalgia. Cuando Goldwater habló de las virtudes de la frontera y abogó por los derechos de los estados contra la tendencia centralizadora del gobierno federal, evocó el pasado glorioso donde el poder civil trató a cada individuo como una persona y no como un número anónimo. Goldwater y sus seguidores sueñan en tiempos más sencillos, en una América rural en que todos conocían a sus vecinos, y su lugar en la vida era seguro.

No es un sueño innoble. La vida de las grandes ciudades con su violencia esporádica, donde uno puede vivir al lado de otro, por años, sin conocerlo y donde los cambios son cada día más rápidos, mareta a muchos, especialmente a los viejos. Ellos recuerdan un pasado mejor y sienten fuertemente que hemos perdido algo bueno de nuestra vida nacional. Por eso la campaña de Goldwater ha tenido un gran impacto sobre las personas de más edad. Y si no todos sus partidarios son, como se ha dicho, viejas con zapatillas, por lo menos es una imagen poética que indica su manera de pensar.

En su alabanza de la América rural Goldwater está repitiendo uno de los mitos más antiguos y persistentes de la nación. Desde los primeros días de la república hasta hace muy poco ha habido una cierta desconfianza en la estabilidad política de la gran masa urbana y una correspondiente exaltación del espíritu de-

mocrático y la solidez moral del pequeño agricultor. La idea vaga y confusa que la América rural es la fuente más segura del espíritu norteamericano tiene un reflejo muy interesante en el campo político. En 40 de los 50 estados, que en su mayoría tienen más población urbana que rural, las legislaturas estatales están controladas por la población rural. Por eso la campaña de Goldwater para proteger los derechos de los estados está íntimamente ligada con la conservación del poder político de las regiones rurales.

La cuestión de los derechos de los estados en Estados Unidos no se solucionó completamente durante la guerra civil. Aún hoy, cuando el gobierno federal es tan centralista, no hay una policía federal, ni se puede sacar un criminal de un estado a otro sin pasar por una forma de extradición. En Dallas, por ejemplo, cuando murió Kennedy, el FBI no pudo intervenir en el caso sin permiso de las autoridades del estado, porque matar un presidente no es crimen federal. Más aún, cada estado tiene su propio ejército con aviones y tanques que están a completa disposición del gobernador del estado. Solo en una emergencia puede el presidente llamar estas tropas. Ningún gobernador ni empleado de estado puede ser retirado de su oficio por el gobierno federal.

En teoría el estado particular en la constitución norteamericana es soberano y aunque ceda algunos de sus derechos, como relaciones exteriores, al gobierno federal, reserva los demás para sí mismo. Esa es, por lo menos, la teoría. La guerra civil estableció que un estado no puede retirarse de la Unión y en la práctica el gobierno central ha limitado lentamente, si no los derechos de los estados, por lo menos su ejercicio.

De hecho, tanto el poder político de

América rural como los derechos de los estados están pasando de moda. Este año la Corte Suprema ordenó a las legislaturas estatales de re-estructurar sus cámaras en tal manera que la población urbana esté plenamente representada. Esto, a lo mejor, será la muerte del control político que ha ejercido la población rural sobre los estados desde los primeros días de la república.

Pero Goldwater tocó un punto neu-rálgico en la conciencia norteamericana cuando acusó a Johnson de que las intromisiones de Washington están sofocando los gobiernos locales. Es una acusación potente porque el pueblo ha tomado como suyo el dicho famoso de Lord Acton: "Todo poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente". Siempre ha habido una preocupación de que ninguna persona ni organización tenga en sus manos demasiado poder. La constitución está tan llena de equilibrios y obstrucciones contra cualquier forma de dictadura que algunos peritos de derecho se han maravillado de que aún sea posible gobernar.

La dificultad de la acusación de Goldwater es que en la práctica los estados han sido menos respetuosos de los derechos de los individuos que el gobierno central. Y si Washington no hubiera intervenido en los asuntos de los estados del Sur, el negro nunca hubiera ganado las primeras batallas en la obtención de sus derechos civiles. Con todo, Goldwater ha notado un punto flaco de la posición de Johnson quien tiende a extender los poderes del gobierno federal.

EL USO DE LA FUERZA

Si Goldwater sueña con el pasado es porque está insatisfecho con el presente. El sentido de estar a la deriva, que es el